



CUADERNOS DE TRABAJO

POPULISMO EN MASCULINO: UN ANÁLISIS DE LA RELACIÓN ENTRE GÉNERO Y POPULISMO

Autora: Alba Cifuentes Matanza

Grado: Doble Grado en Ciencias Políticas y Filosofía

Tutor: Pedro Abellán Artacho

Curso académico: 2023-2024

TRABAJO FIN DE GRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS



Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Índice

- 1. INTRODUCCIÓN**
- 2. MARCO METODOLÓGICO**
 - 2.1. Objetivos de investigación
 - 2.2. Problemáticas metodológicas: Tendencias y vacíos
 - 2.3. Metodología
- 3. UN ACERCAMIENTO AL CONCEPTO DE “POPULISMO”**
 - 3.1. El enfoque ideacional
 - 3.2. El enfoque discursivo de Laclau
 - 3.3. Otros enfoques relevantes
 - 3.4. El enfoque ideacional como eje de estudio de la variable “género”
- 4. UN ACERCAMIENTO AL CONCEPTO DE “GÉNERO”**
 - 4.1. ¿Qué es el género?
 - 4.2. Las implicaciones del género para los populistas
 - 4.2.1. El género en el populismo de extrema derecha europeo
 - 4.2.2. El género para los populistas de izquierda latinoamericanos
 - 4.2.3. En términos comparativos
- 5. LA RELACIÓN ENTRE LA MASCULINIDAD POPULISTA Y EL GÉNERO**
 - 5.1. El punto de partida: La masculinidad amenazada
 - 5.2. La proyección de la masculinidad hegemónica en el populismo
 - 5.3. Sobre la existencia de un populismo femenino
 - 5.3.1. Masculinidad y feminidad: Fernández de Kirchner, Meloni y Le Pen
- 6. CONCLUSIONES**
- 7. BIBLIOGRAFÍA**

1. INTRODUCCIÓN

El ascenso del populismo en las últimas décadas se ha manifestado en una muy diversa variedad de formas, desde movimientos de derecha que enfatizan la identidad nacional y la oposición a la inmigración, hasta movimientos de izquierda que critican el *establishment* económico y promueven políticas redistributivas. Esto ha conducido a que el populismo se haya conceptualizado como una “ideología delgada”, una a la que pueden aferrarse proyectos políticos muy variopintos. A pesar de esta variabilidad de contenidos característica del populismo, desde la imagen del líder carismático y viril hasta la noción de “hombre fuerte” que encarna la seguridad y la estabilidad, las representaciones de la masculinidad han desempeñado un papel central en la construcción de la autoridad política populista. De esta forma, cuando se piensa en el populismo rápidamente se tiende a asociarlo con hombres poderosos, grandes líderes que afirman su capacidad para ofrecer una representación no mediada del pueblo y para proteger a la patria contra diferentes tipos de élites, utilizando una retórica que proyecta la imagen de efectividad política. Ejemplos notables incluyen a líderes como Vladimir Putin en Rusia, Jair Bolsonaro en Brasil o Donald Trump en Estados Unidos.

No obstante, en la actualidad, el número de líderes populistas femeninas no es bajo, lo cual incide en la importancia de entender correctamente el papel que juegan la masculinidad y la feminidad en la autorrepresentación de los populistas, y cómo los ciudadanos pueden sentirse atraídos o repelidos por dichas expresiones. De hecho, la relevancia del género en este asunto no se percibe únicamente en el liderazgo populista y en las aparentes contradicciones que pueda tener, sino, con aún más trascendencia, en la proliferación de discursos populistas en los que el género, a menudo en intersección con la raza/etnia y/o la clase, juega una pieza clave en la construcción de una dialéctica dicotómica y excluyente. En efecto, autoras como Dietze y Roth (2020) señalan que se puede observar una característica común en todas las versiones actuales del populismo de extrema derecha: una obsesión con el género y la sexualidad.

Así, aunque la relación con el género se haya convertido en una marca muy reseñable del discurso populista, esta no llega a ocupar más que un espacio periférico en la investigación, uno muy alejado del núcleo principal de la teoría populista. Si bien existe una abundante literatura sobre el populismo en general, tanto desde un punto de vista teórico como empírico, la investigación sobre la relación entre el populismo y el género sigue estando poco desarrollada, conformando un subcampo marginal en los estudios sobre el populismo. Siendo esto así, este trabajo, siguiendo con la perspectiva de género, ofrece una oportunidad valiosa para recapitular aquello que ya se ha investigado y reparar en lo que aún no, profundizando, en cierta medida, en la comprensión de las dinámicas de poder y el tipo de representaciones que están operando en el populismo.

Considerando todos estos elementos, en primer lugar se expondrá el marco metodológico, en el cual se definirán los objetivos de investigación, las problemáticas metodológicas y, por último, la metodología adoptada. A continuación, teniendo muy en cuenta la complejidad, polisemia y, en muchas ocasiones, inconcreción de los conceptos vertebradores del presente trabajo, se realizará, a modo de marco teórico, un estudio de las principales definiciones conceptuales de los términos “populismo” y “género”, lo cual permitirá entender mejor la extensión de la cuestión y, sobre todo, justificar qué enfoque es el más adecuado para analizar la relación presentada. En cuarto lugar, se estudiará la noción de masculinidad hegemónica, así como su relación con el liderazgo carismático populista. Por último, se expondrán las conclusiones a las que se ha llegado mediante la revisión bibliográfica.

2. MARCO METODOLÓGICO

Este segmento se enfoca principalmente en el diseño metodológico, una parte fundamental del estudio cuya finalidad es, ante todo, alcanzar los objetivos fijados. Siguiendo el modelo de la teoría política crítica, se busca comprender en profundidad la compleja relación entre populismo y género,

elaborando, de manera específica, un marco conceptual claro y una estructura argumentativa basada en una revisión crítica de la literatura que incorpore múltiples perspectivas teóricas.

2.1. Objetivos de investigación

El objetivo general de este trabajo es identificar si hay elementos intrínsecamente masculinizados en la representación populista. Para desarrollar este objetivo general, se van a llevar a cabo una serie de objetivos específicos:

1. Identificar las principales definiciones presentes en el debate conceptual sobre el populismo y determinar qué concepción de populismo permite mejor un análisis sobre su relación con el género.
2. Identificar las principales conceptualizaciones del género y justificar la elección de una de ellas para el trabajo.
3. Identificar los principales aportes académicos que se han realizado sobre la relación entre la masculinidad política, el populismo y la personalización carismática del líder.
4. Analizar en qué consiste en la actualidad el populismo femenino, esto es, el populismo liderado por mujeres.

2.2. Problemáticas metodológicas: Tendencias y vacíos

Durante la realización del presente trabajo, dos dificultades han constituido una constante a la hora de llevar a cabo la revisión bibliográfica, las cuales han influenciado el tipo de elecciones teóricas y conceptuales que se han realizado. La primera consiste en que, tal y como se menciona en gran parte de los textos que estudian la intersección entre populismo y género, existe una considerable falta de investigación sobre la temática, conformando aún

un campo de estudio incipiente tanto en términos teóricos como empíricos.

A este primer desafío se le suma uno aún más complejo. Tal y como argumentan Dingler, Lefkofridi y Marent (2017), si ya de por sí el conocimiento empírico existente es escaso, se halla, además, disperso. Muchas de las investigaciones actuales se centran exclusivamente en partidos populistas de extrema derecha (RPP) y, cuando incluyen partidos populistas de izquierda (LPP), tienden a limitarse a una región específica. Por otro lado, si bien es claro que existen manifestaciones tanto de populismo de derecha como de izquierda en Europa, al igual que ocurre en América Latina, las investigaciones muestran una clara división regional. Estas tienden a segmentarse entre el estudio de los populistas de izquierda en América Latina y los de extrema derecha en Europa. Se escinde así el análisis del populismo y el género en dos regiones que rara vez son puestas en común y, a su vez, se tiende a segregarlo en dos polos opuestos del espectro ideológico. Hasta la fecha, los intentos que se han hecho para integrar teóricamente esta cuestión se focalizan únicamente en la ideología, como por ejemplo hacen Mudde y Rovira Kaltwasser (2015), dejando de lado una discusión más holística de la temática.

2.3. Metodología

La elección de una metodología centrada en la teoría política crítica se basa en la necesidad de trabajar con un marco analítico que permita lidiar con las problemáticas señaladas, aunando de manera simultánea consideraciones teóricas, estrategias y patrones comportamentales relacionados con el fenómeno populista. Este enfoque también se justifica al considerar la capacidad de la teoría política crítica para explorar la relación existente entre poder, narrativas y estrategias políticas, brindando de esta forma la oportunidad de comprender cómo el populismo es capaz de moldear las representaciones sobre el género y viceversa.

Siguiendo con lo expuesto por Cantisani y Nosetto (2020) en el manual *Métodos de teoría política*, en el presente estudio se aplican los principios fundamentales de la perspectiva crítica: la dislocación y el desciframiento. En relación con el primero de ellos, se adoptará un enfoque interdisciplinario para comprender y abordar el fenómeno del populismo y su relación con el género. La teoría crítica rechaza la compartimentalización de los saberes en campos disciplinarios separados y aboga por la integración de distintos saberes críticos en una perspectiva interdisciplinaria o transdisciplinaria. Por lo tanto, este estudio se beneficiará de la integración de conocimientos provenientes de disciplinas como la ciencia política, la sociología, los estudios de género, la filosofía o el análisis comunicacional. Asimismo, en lo tocante al desciframiento, se buscará establecer una relación entre la teoría y la práctica, ya que este enfoque entiende la actividad teórica como un ejercicio de desciframiento de las contradicciones que atraviesan la realidad social y que le son inherentes a las dinámicas sociales contemporáneas. Siguiendo con este principio metodológico, se llevará a cabo un breve estudio de caso en el que se analicen las representaciones de género proyectadas por las líderes populistas Fernández de Kirchner, Meloni y Le Pen. La elección busca cubrir tanto el tipo de liderazgo femenino del populismo de izquierda latinoamericano, cuyo corpus teórico presenta una considerablemente limitada cantidad de líderes estudiadas, hasta el de la extrema derecha europeo, personificado por Meloni y Le Pen.

Por último, en tanto que supuesto de la filosofía crítica, se adopta una postura crítica hacia la racionalidad instrumental y objetivante de la historia humana (Cantisani y Nosetto, 2020), ya que, de hecho, fue precisamente esta racionalidad objetivante la que asoció masculinidad con pensamiento racional y feminidad con sentimiento (Abi-Hassan, 2017). Es precisamente el rechazo a esta racionalidad instrumental lo que permite revelar cómo las estructuras de poder y de dominación han operado y siguen operando en la sociedad para perpetuar las relaciones de género desiguales. Esta racionalidad instrumental se manifiesta en la objetivación de los

roles de género y en la instrumentalización de la naturaleza humana como argumento de mantenimiento de un orden social jerárquico y patriarcal. Así, el hecho de enmarcar la historia humana en una óptica crítica constituye una premisa esencial para desentrañar los mecanismos que actualmente mantienen las estructuras asimétricas de género, ya sea en el populismo o en cualquier otro fenómeno.

3. UN ACERCAMIENTO AL CONCEPTO DE "POPULISMO"

Muchos de los conceptos de las ciencias sociales tienen un carácter intensamente controvertido pero, tal y como argumenta Mudde (2017), el populismo va más allá de esta mera disputa. Para este, utilizando la expresión de Gallie (1955), el populismo es un concepto *esencialmente* controvertido, lo cual implica que, debido a una simultánea imprecisión conceptual, se excluye la posibilidad de que el debate en torno a su significado desemboque en consenso. En otras palabras, se trata de "conceptos cuyo uso adecuado inevitablemente genera disputas interminables sobre sus usos correctos" (Gallie, 1955: 169, citado en Mudde, 2017: 27). Esto ha conducido a que muchos autores empleen el concepto sin siquiera definirlo, mientras que, para aquellos que sí tratan de posicionarse en la discusión conceptual, las opciones definitorias son amplias, existiendo una compleja variedad de descripciones que pasan por caracterizar al populismo de diversas maneras. A este respecto, Mudde afirma que "el populismo se ha definido como un tipo de discurso, de ideología, de liderazgo, de movimiento, de fenómeno, de estrategia, de estilo, de síndrome, etcétera" (Mudde, 2017: 27).

Al constatar esto emerge la primera dificultad que cualquier clase de tratamiento sobre el populismo comporta. El concepto, en este caso "populismo", es simplemente una *palabra*, de tal forma que una vez que nos acerquemos a la realidad, este va a poder parecerse más o menos a aquello que se ha definido. Todas aquellas definiciones que se han

realizado desde un plano académico deben ser vistas como instrumentos de investigación, lo que explica que los intentos de descripción del populismo se hayan enfocado metodológicamente desde diversas perspectivas. Por ejemplo, en la obra *The Oxford Handbook of Populism*, Mudde (2017) menciona al menos cuatro acercamientos al estudio del populismo. Por un lado, estaría su propia perspectiva ideacional mientras que, por otro, encontraríamos el enfoque discursivo de Ernesto Laclau (2005), el organizacional de Weyland (2001) o el performativo/cultural de Ostiguy (2009).

3.1. El enfoque ideacional

A este respecto, autores como Mudde y Rovira Kaltwasser (2019), basándose en el enfoque ideacional, describen el populismo como una “ideología delgada” o “*thin ideology*”, implicando con ello que su desarrollo ideológico es débil en términos conceptuales y aplicativos, lo que hace que los populistas deban recurrir a otras ideologías para transmitir su mensaje, las cuales son descritas como “ideologías huésped”. Para los autores, esto explicaría por qué se pueden identificar rasgos populistas en movimientos, discursos, partidos y líderes de todo el espectro ideológico. A pesar de ello, el populismo siempre incluye ciertos elementos centrales, comunes a toda expresión política de carácter populista, en torno a los cuales se organiza su definición: la “ideología”, el “pueblo”, la “élite” y la “voluntad general”. En palabras de Mudde, el populismo es

una ideología que considera que la sociedad está finalmente dividida en dos grupos homogéneos y antagónicos, “el pueblo puro” frente a “la élite corrupta”, y que argumenta que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* (voluntad general) del pueblo (Mudde, 2017: 29).

El concepto central para el enfoque ideacional del populismo es, obviamente, “el pueblo”, ya que, de hecho, los otros conceptos centrales, “la élite” y la “voluntad general”, toman su significado de él, siendo, respectivamente, su opuesto y su for-

ma de expresión. Mudde (2017) argumenta que el concepto de “pueblo”, que no está completamente vacío en la medida en la que siempre se caracteriza por su “pureza”, se refiere a una percepción idealizada de la comunidad. En este sentido, la diferencia fundamental del “pueblo puro” con la “élite corrupta” radica únicamente en su distinción moral. Esto significa que, al menos si los populistas quieren volverse políticamente relevantes, tienen que definir al pueblo en términos de alguna de las características clave de la autoidentificación de la comunidad objetivo. Como ejemplo, Mudde (2017) señala que ningún populista estadounidense describirá al pueblo como ateo y ningún populista de Europa Occidental definirá al pueblo como musulmán.

Así, siguiendo con esta definición, un discurso populista abordaría la división social entre pueblo y élite, ofreciendo consejos sobre la mejor manera de representar el interés del pueblo. Sin embargo, por el hecho de contar con un menor grado de detalle y especificidad que otras ideologías, las llamadas por Mudde “ideologías densas” o “*thick ideologies*”, el populismo no sería capaz de responder a problemas político-institucionales o socioeconómicos más complejos, ni, por supuesto, de ofrecer soluciones, al menos por sí mismo. Hágase notar que en el seno de esta división social de carácter ideológico, en la medida en la que el populismo se presenta junto con otras tradiciones ideológicas, o “ideologías huésped”, la identificación y la representación de quién o qué es el pueblo, y como contrapartida también la élite, pueden variar enormemente entre discursos, siendo todos ellos igualmente populistas.

Un punto en el que cabe incidir es lo que Mudde y Rovira Kaltwasser entienden por “ideología”, un concepto que es, si cabe, tan controvertido como el de populismo, especialmente por los componentes emocionales que evoca y que, sin embargo, constituye un elemento central del acercamiento de ambos autores al debate conceptual. Mudde (2017), afirma, lo emplea en un sentido amplio e inclusivo, específicamente como aquel elemento que “mapea los mundos políticos y sociales para nosotros” (Frieden, 2003: 2, citado en Mudde, 2017: 30) me-

diante la conformación de ideas normativas sobre la naturaleza del hombre y la sociedad, su organización y sus objetivos.

3.2. El enfoque discursivo de Laclau

Ernesto Laclau, por su lado, define el populismo desde una perspectiva ontológica y posestructuralista, cuyas raíces se encuentran en la filosofía analítica del segundo Wittgenstein y en el estructuralismo lingüístico de Saussure. El populismo, según el pensamiento político de Laclau (2005), es una estrategia discursiva que busca dar significado al término “pueblo” con el fin de construir unidad a partir de la articulación de demandas populares heterogéneas, que son agrupadas bajo una misma identidad política. Esta identidad política se crea mediante la polarización del campo social, donde se enfrentan el pueblo y las élites, esto es, el grupo de “los de arriba” y el de “los de abajo”. La coherencia de cada posición se basa en su antagonismo hacia la otra: la identidad es, en este sentido, incomprendible sin remitir a la diferenciación, cobrando de esta forma gran importancia la oposición identidad/diferencia. Hablar de populismo implica tratar con “identidades puramente diferenciales” (Laclau, 2005: 93) dado que la identidad política se forma mediante la construcción de un “nosotros” y de un “ellos”.

Tal y como señala Stavrakakis (2017), la disputa diferencial entre ausencia y totalidad es esencial para comprender un elemento tan significativo del pensamiento de Laclau como lo es el de “significante vacío”. El origen del antagonismo, de la fractura social, proviene de la experiencia de una falta, la de la totalidad inalcanzable a la que aspira la comunidad:

La construcción del “pueblo” va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente. Sin esta ruptura inicial de algo en el orden social –por más pequeña que esa ruptura haya sido inicialmente–, no hay posibilidad de antagonismo, de frontera o, en última instancia, de “pueblo” (Laclau, 2005: 113).

La falta y la catacresis son, para el autor, dos caras de un mismo argumento. Aludiendo a la figura lingüística de la catacresis, la cual hace referencia a un “término figurativo que no puede ser sustituido por otro literal” (Laclau, 2005: 96), el argentino argumenta que la hegemonía es precisamente una operación catacrésica en la medida en la que se nombra algo esencialmente innombrable. Hege-monizar implica cumplir la función de llenado de un significante vacío, de tal forma que “una particularidad asume una significación universal inconmensurable” (Laclau, 2005: 95). El populismo replica esta idea: su construcción del término “pueblo” es catacrésica porque trata de nombrar la plenitud ausente de la comunidad. Una parte del pueblo se eleva así de objeto parcial a todo legítimo, es decir, a *populus* único. En definitiva, la diferencia, que no deja de ser particular, trata de representar, a su vez, a la totalidad fallida.

Así, el discurso populista se hilvana en torno a significantes vacíos, tales como “patria”, “pueblo” u “orden”, los cuales por su vaciedad, están sujetos a la posibilidad de ser hegemonzados, es decir, llenados funcionalmente de una significación concreta por parte de quienes tienen el poder. Si estos significantes se hallan “flotando”¹ en un mar de significantes, diferentes fuerzas políticas pueden competir para presentar sus objetivos propios como aquellos que llenan ese vacío, cargándolos así de significado diferencial en la medida en la que, lo que se articula realmente, es la demanda particular de cierto grupo.

Un último criterio del discurso populista en el que cabe incidir es la distinción realizada por Laclau y Mouffe (1987) de dos lógicas políticas, la de la equivalencia y la de la diferencia, a través de las cuales se conforma la representación en el espacio social, siendo su eje de análisis las demandas. Si

1 La diferencia entre significantes flotantes y vacíos radica en que los primeros son aquellos que se encuentran en un estado de disputa, como la “libertad” o la “igualdad”, mientras que los segundos son los que representan la cadena de equivalencias, como en el caso del “pueblo”. Así, “el carácter flotante de un significante es la única forma fenoménica de su vacuidad [...]. De tal modo, el flotamiento de un término y su vaciamiento son las dos caras de la misma operación discursiva” (Laclau, 2002: 26-27).

bien ambas lógicas operan y se superponen continuamente en la vida social, el populismo tiene como particularidad traer consigo un tipo de representación que divide la sociedad al agrupar paratácticamente las diferencias, reduciendo su multiplicidad a una única polaridad (Stavrakakis, 2017). Así, además de afirmar representar la voluntad popular, es decir, aparte de atribuir una posición privilegiada al significativo “pueblo”, el populismo presupone el uso de la equivalencia sobre la diferencia, una lógica basada en la simplificación del espacio político.

El proceso a través del cual se articula el discurso populista típicamente implica el establecimiento de vínculos entre una serie de demandas insatisfechas inicialmente heterogéneas, que entran en relaciones de equivalencia, formando así una identidad colectiva alrededor de “el pueblo” y el liderazgo de aquel que lo representa. La vinculación equivalencial que sublima la heterogeneidad se logra a través de la oposición hacia un enemigo común, el *establishment* o el polo antipopular, acusado de frustrar la satisfacción de estas demandas, siendo el resultado de todo esto una fractura antagónica.

La diferencia esencial entre los dos enfoques presentados hasta el momento radica en el enfoque de Laclau, según el propio Mudde (2017), propone una teoría abstracta, normativa y universal en la que el término central de cualquier análisis del populismo, el “pueblo”, no está dotado de un contenido particular, es decir, no remite a un contexto concreto. Sin embargo, la perspectiva ideacional tiene una clara orientación empírica, definiendo al actor, discurso o partido político populista de una manera más específica.

3.3. Otros enfoques relevantes

Como ya se planteó en un inicio, otros autores han definido el populismo centrándose en aspectos distintos pero igualmente relevantes, los cuales merece la pena señalar. Así pues, para obtener un horizonte teórico amplio, cabe ir ligeramente más allá de la tipología propuesta por Mudde (2017).

En primer lugar, el enfoque organizacional considera que el populismo es un tipo particular de movilización popular inidentificable por la relación directa que los líderes mantienen con sus seguidores, tal y como han argumentado autores como Weyland (2001). Este tipo de configuración popular puede ser o bien el resultado de una falta de organización formal relevante o bien de la propia voluntad de eludirla. Sin embargo, si bien es evidente que el liderazgo carismático es una parte esencial del concepto, no se trata de una condición suficiente para hablar de populismo, como evidencian ejemplos de movimientos populistas sin líder visible como el del *Tea Party* o partidos políticos populistas formalmente muy organizados como el Frente Nacional Francés (Mudde, 2017). Así pues, si bien empíricamente es cierto que existe una relación entre populismo, liderazgo carismático y organización formal débil, la conjunción de estos rasgos no es exclusivamente definitoria para hablar del fenómeno populista.

En el último enfoque mencionado en la tipología de Mudde (2017), el cultural o performativo, el populismo se define en relación con un eje alto-bajo que abarca dos subdimensiones cruciales. En primer lugar, la dimensión sociocultural, que engloba modales, comportamientos, formas de expresión, vocabulario y preferencias exhibidas públicamente. En este contexto, el populismo se sitúa en el extremo bajo de esta dimensión, sugiriendo que los líderes populistas adoptan un estilo de vida y expresiones culturales percibidas como más cercanas al pueblo. En segundo lugar, encontramos la dimensión político-cultural, la cual se refiere a las formas de liderazgo y toma de decisiones. El populismo, según Ostiguy (2009), se caracteriza por posicionarse también en el nivel bajo de esta dimensión, destacando la importancia de un liderazgo personalista fuerte que enfatiza la conexión directa con las clases populares. Sin embargo, las críticas a esta teoría han señalado que la visión cultural de Ostiguy (2009) podría no ser suficientemente holística para abordar las múltiples facetas y causas del populismo, sugiriendo la necesidad de una perspectiva más integradora.

Por su lado, Margaret Canovan (1981) propone una visión fenomenológica del populismo que rechaza la posibilidad de existencia de una teoría general de este fenómeno, definiéndolo como una corriente política basada en la idea de que la sociedad está dividida en dos grupos homogéneos e irreconciliables: el “pueblo puro” y la “élite corrupta”, debiendo el primero movilizarse contra la élite y sus intereses. Según Canovan (1981), el populismo tiene ciertas características clave, como el *anti-establishmentism*, el antiparlamentarismo, la apelación directa al pueblo, el nacionalismo o el uso de emociones y símbolos. Resulta sin embargo notoria la ironía entre la argumentación de Canovan (1981) de que no puede haber una teoría del populismo y la identificación de aquellas características ideológicas que, tal y como reconoce Mudde (2017), son clave para la mayoría de las definiciones del populismo.

Por último, desde la teoría política y la historia conceptual, Rosanvallon (2020) enmarca el populismo en el seno de la teoría democrática, situándolo en sus márgenes. De acuerdo con él, el populismo representa “una forma límite del proyecto democrático” (Rosanvallon, 2020: 23). Así, el fenómeno no constituiría un hecho opuesto a la democracia, sino más bien un conjunto de respuestas simplificadas a las contradicciones, o aporías en términos del autor, de la democracia moderna. En tanto que reacción a estas últimas, la “anatomía” del populismo da cuenta de cinco rasgos característicos: Una visión unanimitaria del pueblo, la percepción de la democracia como polarizada y directa, un “líder-pueblo” que ofrece una representación no mediada y carismática, una política económica proteccionista que promueve la homogeneización y, por último, el uso de las pasiones, las cuales expresan principalmente el resentimiento democrático.

3.4. El enfoque ideacional como eje de estudio de la variable “género”

Atendiendo al primer objetivo del presente trabajo, se ha optado por considerar la teoría ideacional del populismo como la más óptima para comprender

su interrelación con el género. Esta elección ha atendido a dos razones. La primera es que, simple y llanamente, de entre los estudios que relacionan género y populismo, la gran mayoría emplea esta perspectiva teórica. En efecto, la perspectiva ideacional del populismo se centra en la identificación de elementos empírica y discursivamente reconocibles: la distinción moral y antagónica entre “el pueblo puro” y la “élite corrupta” y el recurso a la voluntad general del pueblo. Esto explica la gran popularidad del enfoque en el campo, ya que ofrece criterios suficientes y, sobre todo, empíricamente verificables. Así, en tanto que “ideología delgada”, los contenidos populistas de cada caso estudiado se tornan relativos al contexto sociopolítico y económico, lo que explica en cierta medida las diferencias entre la dimensión del género que surge, por ejemplo, en el populismo de extrema derecha europeo y aquella que surge en el populismo de izquierda de América Latina.

En segundo lugar, cabe señalar que las principales fortalezas de este enfoque son su distinguibilidad, esto es, su capacidad para establecer límites claros entre lo que sí es populismo y lo que no lo es, y su aplicabilidad en diferentes niveles de análisis, es decir, su versatilidad para estudiar y comparar empíricamente factores operantes en diferentes casos de populismo, tal y como, de hecho, ocurre con la variable del género. Ambos elementos proporcionan un terreno sólido sobre el que estudiar la correlación planteada.

Hágase notar que, en base a esta definición ideacional, conceptualmente, el populismo no tiene una relación específica con el género (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2015). Siendo esto así, las diferencias de género, al igual que ocurre que todas las demás divergencias existentes en el seno de “el pueblo”, se consideran secundarias para la política populista: “Dado que el populismo se basa ante todo en una distinción maniquea entre ‘el pueblo puro’ y ‘la élite corrupta’, este no tiene una posición específica sobre las problemáticas y los roles de género” (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2015: 18). En efecto, el género, al constituir según esta definición un umbral irrelevante para la construcción de “el pueblo” y de “el otro”, puede ser instrumentalizado de muy diversas

maneras por parte de los populistas, lo cual requiere que se atienda al contexto específico de cada caso. De hecho, no se descarta la posibilidad de que el antagonismo característico del populismo se estructure genéricamente, es decir, que, manteniendo como su lucha principal la existente entre el pueblo y la élite, los populistas describan al “pueblo” en términos masculinos y a “la élite” en términos femeninos, o viceversa. Así, cualquiera de los dos polos podría estar tanto feminizado como masculinizado².

Se precisa un enfoque que atienda a las particulares estructuras sociales presentes en cada caso estudiado, y, para ello, la teoría de Mudde (2017) es la que ofrece un conjunto de características más englobante y mensurable, ya que su vocación es, a fin de cuentas, comprender la especificidad de los casos de populismo en la política contemporánea. Asimismo, otros enfoques podrían arrojar resultados interesantes sobre otros aspectos de la relación entre la variable género y el populismo. Mientras que el enfoque ideacional señala la centralidad del “pueblo” y su antagonismo con la “élite”, la perspectiva de Laclau (2005) transmite mejor la complejidad de la construcción populista de dichas categorías. Los enfoques discursivos permiten comprender los significados presentes en las disputas conceptuales, tanto aquellos deliberadamente enmarcados para lograr objetivos particulares como las normas de género expresadas en subtextos discursivos. Se busca comprender las dinámicas subyacentes del populismo en un nivel más abstracto, centrándose para ello en la construcción discursiva de las identidades políticas, lo cual, en relación con la representación de las categorías de género, implicaría identificar qué estereotipos y valores se utilizan para construir la narrativa discursiva populista, por ejemplo mediante la función de llenado de los significantes o la construcción de cadenas de equivalencia. A su vez, otros

2 2 En este sentido, Abi-Hassan (2017) señala que, dada la naturaleza antagónica del populismo, empíricamente gran parte de los actores populistas han tendido a retratar a las feministas como la élite, mujeres excesivamente educadas que no encajan en la construcción de una buena mujer del pueblo en términos populistas. La masculinidad estaría operando como un dispositivo retórico para degradar al oponente, esto es, a aquellos que maquinan contra la *volonté generale* del pueblo verdadero.

planteamientos, como el de Weyland (2001) o el de Rosanvallon (2020), permitirían, respectivamente, poner en foco de atención en el tipo de liderazgo populista o rastrear en la historia del populismo la influencia de los roles de género en el fenómeno, así como su posible evolución.

4. UN ACERCAMIENTO AL CONCEPTO DE “GÉNERO”

El concepto de “género”, tal y como lo empleamos en la actualidad, surge como una construcción conceptual de la mano de las feministas de los años setenta, si bien se pueden rastrear sus raíces en autores como Poullain de La Barre u Olympe de Gouges. Ambos hicieron hincapié en que las diferencias entre hombres y mujeres eran principalmente el resultado de la educación y de las normas sociales, en lugar de ser determinadas por la naturaleza y, si bien no emplean el término género como herramienta de análisis, sí que parecen aludir a una dimensión comportamental influenciada por los usos sociales.

Ya en el siglo XX, autoras prominentes como Beauvoir o Betty Friedan comenzaron a cuestionar la feminidad, concepto que pretende encarnar aquello considerado como *esencialmente* femenino. En el mismo sentido en el que Beauvoir afirma en su célebre frase que “no se nace mujer: se llega a serlo” (Beauvoir, 2015: 371), la autora se cuestiona a qué responde el ser mujer, sugiriendo que no se trata de una característica innata, biológica o esencial, sino más bien el resultado de un proceso de socialización. Para Beauvoir (2015) no existe ni una esencia femenina ni una masculina en tanto que algo inherente que caracteriza ontológicamente a los sujetos, y, justamente por ello, la filósofa francesa profundiza en el papel que juega lo construido socialmente.

4.1. ¿Qué es el género?

Estas aportaciones condujeron a que el género, ahora ya como concepto, se convirtiese en uno de

los cimientos con los que las feministas de los años setenta construyeron su armazón teórico y político, surgiendo en este momento como contraposición a la determinación biológica y fisiológica proveniente del sexo. Si el sexo simplemente distingue al macho de la hembra de cualquier especie animal, el género, aún dentro de esta oposición binaria inicial, queda definido como un conjunto de prácticas, creencias, representaciones y prescripciones que simbolizan socialmente la diferencia anatómica entre hombres y mujeres. La antropóloga feminista Gayle Rubin (1975, citado en Cobo Bedia, 2005) define el sistema sexo-género como todas aquellas disposiciones que socialmente transforman la sexualidad biológica en productos humanos, dándose así el tránsito de lo natural a lo construido, del sexo al género. En palabras de Seyla Benhabib, “la realidad social se organiza, se divide simbólicamente y se vive experimentalmente. Entiendo por sistema de género/sexo la constitución simbólica y la interpretación sociohistórica de las diferencias anatómicas entre los sexos” (Benhabib, 1990: 125).

El concepto de “género” surge por tanto para dar sentido a la dimensión social y política construida a partir de la diferencia sexual. En definitiva, de esta última se da el paso hacia una normatividad generalizada de los géneros que, por supuesto, repercute en la configuración, ordenación y reproducción de un sistema material y simbólico, el patriarcado. En este sentido, “el género es un principio de orden, revela la existencia y los efectos de una relación de poder, de una diferencia, de un encuentro desigual” (Cirillo, 2005: 42, citado en Cobo Bedia, 2005: 255). El género constituye una realidad prescriptiva de carácter cultural que, por su propia definición, se caracteriza por ser un concepto *dinámico*. En efecto, por el hecho mismo de ser constituido socialmente, el género, o lo que entendemos por masculino y femenino, tiene la capacidad de definirse, moldearse y rearticularse en función de muy diversos factores, por ejemplo mediante la ejecución de prácticas de resistencia y subversión.

En la línea de pensamiento antiesencialista sembrada por Beauvoir, Judith Butler expande su

proposición con respecto a la idea de llegar a ser mujer, acercándose así a una de las más actuales disputas en torno al concepto de “género”. Butler (2007), en el seno de la teoría queer, lleva más allá el argumento y señala que ya no solo el género, sino también el sexo, es una construcción social, la cual varía en función de la sociedad y de la vida de cada persona. Se trata de algo contextual, de tal forma que orientación sexual, identidad sexual y expresión de género quedan instituidas como identidades practicadas y entendidas de forma mutable. La autora defiende que no hay roles de género o papeles sexuales que estén inherentemente inscritos en la naturaleza biológica del ser humano:

El género no debe interpretarse como una identidad estable o un lugar desde el que se asiente la capacidad de acción, sino más bien como una identidad débilmente constituida en el tiempo, instituida en un espacio exterior mediante una repetición estilizada de actos (Butler, 2007: 188).

En la medida en la que no hay categorías universales, fijas y dadas, género, sexo y sexualidad se entienden realmente como actos performativos, actuaciones que, a través del discurso hegemónico, parecen producir aquello que enuncian: “Puede entenderse el sexo y el género como una construcción del cuerpo y de la subjetividad fruto del efecto performativo de una repetición ritualizada de actos que acaban naturalizándose y produciendo la ilusión de una sustancia, de una esencia” (Duque Acosta, 2010: 88). Para Butler (2007), el género no existe en un plano ontológico más allá de los actos que lo constituyen, siendo realmente una repetición de actuaciones o de *performances*.

Algunas de las principales críticas que se le han dirigido desde el feminismo a la teoría queer orbitan en torno a la disolución de la categoría mujer y, con ella, del sujeto político que, en un principio, protagoniza los cambios sociales que buscan acabar con la opresión ejercida específicamente contra las mujeres. En este sentido, la concepción del género de Butler ha sido leída desde al menos dos posiciones contrarias que, actualmente, pugnan en el seno del

movimiento feminista. Para algunas, la teoría queer crea un nuevo marco interpretativo para el feminismo y para el proyecto político de emancipación de las mujeres. Sin embargo, para otro sector, se estaría eliminando toda perspectiva analítica propia del feminismo, especialmente al pretender abolir el género y, con ello, al disolver el sistema sexo-género y la subordinación particular que se ejerce sobre las mujeres. En definitiva, esta segunda perspectiva ve en la teoría queer una premisa para el borrado de la mujer y de los tipos de violencia que le son específicos. Si bien estas pueden parecer meras digresiones teóricas, en la actualidad, los populistas de extrema derecha se han alineado en su núcleo argumentativo con la segunda clase de argumentos en lo tocante al rechazo de la legislación de las identidades *trans*, lo cual constituye, cuanto menos, un hecho llamativo. Por ello, entender a qué se refieren los populistas cuando hablan del género, esto es, qué atributos les otorgan a los géneros, cobra una relevancia mayor.

El género consta, tal y como se ha planteado, de un carácter sumamente disputado, tanto en el seno del feminismo como en los ámbitos académicos y políticos. Por ello, en el presente trabajo se emplea el concepto en su versión más generalizada, es decir, en tanto que significación social e histórica realizada a partir del sexo biológico, la cual desemboca en la conformación de una relación asimétrica entre ambos géneros. Se trata, en este sentido, de la construcción social de los roles, identidades, normas y valores atribuidos a hombres y a mujeres e internalizados por los sujetos mediante los procesos de socialización (Cobo Bedia, 2005), siendo sus representaciones tácitas la masculinidad y la feminidad. Se busca aproximarse a la realidad desde la mirada epistemológica de las relaciones de poder genéricamente construidas, por lo que resulta esencial señalar que, cuando se habla de género, este no se extiende únicamente a las mujeres, lo cual vaciaría de significado al término, sino que se está reconociendo que las normas y expectativas de género, construidas en términos binarios, afectan a todos los seres humanos.

En relación con el populismo, en casi ninguno de los documentos bibliográficos consultados se realiza una revisión del concepto “género”, con excepción de la obra de Dietze y Roth (2020). Dichas autoras señalan que, discursivamente, los actores populistas emplean el concepto continuamente, a veces indistintamente del “sexo” y a veces como simple sinónimo de los términos “mujer” o “feminismo”. Ante esta banalización, cabe analizar con más detalle los contenidos concretos de la variable para los populistas.

4.2. Las implicaciones del género para los populistas

Esta pregunta, si bien de suma importancia, remite a una de las dificultades señaladas inicialmente: la falta de estudios que aglutinen casos de populismo de todo el espectro político. Uno de los pocos existentes es el de Mudde y Rovira Kaltwasser (2015), los cuales señalan que, mientras que los partidos de extrema derecha populista en Europa suelen emplear argumentos de género para defender valores tradicionales, los actores de izquierda radical en América Latina normalmente utilizan el concepto de “género” para avanzar en una agenda más progresista. Sin embargo, advierten los autores, ha de considerarse que las posiciones progresistas propuestas en América del Sur se enmarcan en contextos considerablemente más patriarcales y sexistas que los de los populistas europeos. Teniendo como premisa esta diferenciación contextual, cabe analizar ambos tipos de concepción del género de manera separada.

4.2.1. El género en el populismo de extrema derecha europeo

Dietze y Roth (2020) argumentan que, para los populistas de extrema derecha, las relaciones de género, o más precisamente la relación entre los dos sexos en tanto que pertenecientes a un sistema binario imaginado, todavía se consideran como hechos naturales inmutables, operando dichos actores de manera completamente independiente a los mo-

vimientos de emancipación de las últimas décadas. Este tipo de populistas invocan la presunta diferencia biológica de los sexos, que se entienden como antagonicos y complementarios. Para las autoras, estos actores pretenden naturalizar las uniones heteronormativas y reificar la jerarquía entre hombres y mujeres, lo cual logran concibiendo los géneros como binarios y dispuestos en categorías esenciales ordenadas. En este sentido, los sexos no pueden ser contruidos socialmente, ya que eso implicaría su maleabilidad, perdiendo así su función para describir y garantizar un orden jerárquico. Hablar de género como construcción social implicaría cuestionar la dominación masculina, la cual, para los populistas de extrema derecha, sigue siendo una de las principales motivaciones para problematizar e instrumentalizar el género en primer lugar.

Así, cuando los populistas de extrema derecha hablan de cuestiones género, están realmente aludiendo a unos supuestos valores pretendidamente innegociables e inamovibles que asocian con el sexo (Di Silvestro y Venuti, 2021). Solo en este marco ciertas nociones empleadas por la extrema derecha cobran sentido, como por ejemplo la llamada “ideología de género”, una estrategia política totalitaria empleada por una élite liberal transnacional conspiratoria que tiene como objetivo erradicar las diferencias esenciales entre hombres y mujeres. Gabriele Kuby (2016), conocida autora antigénero, recoge en la siguiente cita algunos de los rasgos más comunes de este discurso:

Por primera vez en la historia, las élites de poder están reclamando autoridad para cambiar la identidad sexual de hombres y mujeres a través de estrategias políticas y medidas legales. Anteriormente, carecían de experiencia en ingeniería social. Sin embargo, hoy esto está sucediendo ante nuestros ojos a escala global. El nombre de la estrategia: *mainstreaming* de género (Kuby, 2016: 42, citado en Dietze y Roth, 2020: 140).

Asimismo, aunque la importancia de los problemas de género en la mayoría de los programas de los partidos populistas de derecha disminuyó en la década de los 2000, como en efecto ocurrió en el

Front National francés o en el *Vlaams Belang* flamenco (Akkerman 2015, citado en Dingler, Lefkofridis y Marent, 2017), Dingler, Lefkofridis y Marent (2017) argumentan que, en la actualidad, el género ha recibido una atención renovada dentro del marco del discurso antiinmigración de los partidos de extrema derecha populistas. Las problemáticas de género se vincularían así al tema de la inmigración, principalmente la antimusulmana, y a la oposición nativista a la noción de multiculturalismo y/o integración. En este contexto, los partidos populistas de extrema derecha europea se presentarían como defensores de los derechos de las mujeres y de la igualdad de género, condenando prácticas religiosas que, según estos, discriminan a las mujeres. Una muestra de estas actitudes la encuentran en el uso de velos y el trato que reciben las mujeres en el islam, hechos que los populistas de extrema derecha caracterizan como una amenaza para las modernas y democráticas sociedades de Europa (Abi-Hassan, 2017). El género, en este sentido, se estaría utilizando para enfatizar el “choque de civilizaciones” entre el islam y Occidente, retratando a los hombres musulmanes como premodernos, esto es, como potenciales agresores que ponen en peligro a las mujeres europeas (Mayer, Ajanovic y Sauer, 2014, citado en Dingler, Lefkofridis y Marent, 2017).

4.2.2. El género para los populistas de izquierda latinoamericanos

Dingler, Lefkofridis y Marent (2017), argumentan que, por su lado, los primeros populismos de izquierda en América del Sur estuvieron influenciados por una ideología maternalista que atribuía a las mujeres cualidades morales virtuosas basadas en su papel como madres, lo que implicaba un alto nivel de sacrificio personal, amor y dedicación. Por ejemplo, las autoras aseveran que este fue el caso del peronismo argentino o del populismo de Lázaro Cárdenas en México. Sin embargo, este maternalismo, cuyo objetivo era el control reproductivo de las mujeres, jugaba un importante papel político en el seno de estos populismos tempranos, ya que también conducía a la consideración de las mujeres

como agentes de desarrollo económico y líderes de sus comunidades. En este sentido, Grammatico (2010, citado en Dingler, Lefkofridis y Marent, 2017) señala que lo que cualificaba a las mujeres para participar en la vida política era precisamente su papel maternal. Por ejemplo, para ser parte del “pueblo”, las mujeres en la Argentina de Juan Perón tenían que demostrar “abnegación, sacrificio, amor y desinterés, los cuales estaban vinculados con la imagen de la madre” (Grammatico, 2010: 128, citado en Dingler, Lefkofridis y Marent, 2017: 349).

En tiempos más recientes, la utilización del género por parte de los populistas latinoamericanos se alinea con la consecución de otros propósitos ideológicos y políticos, instrumentalizándose discursivamente (Dingler, Lefkofridis y Marent, 2017). Por ejemplo, las autoras señalan que ciertos constructos ideológicos de la retórica del presidente venezolano Hugo Chávez tienden a retratar a las mujeres como cuidadoras y protectoras, madres revolucionarias que avanzan en el cambio social y cuidan de las familias y comunidades venezolanas. Por su lado, el expresidente boliviano Evo Morales empleaba un tono anticolonial fuerte, siendo la desigualdad de género un problema social proveniente de las influencias coloniales. El machismo quedaba retratado como ajeno a la cultura andina, un elemento importado por los imperialistas, de manera similar a cómo los populistas europeos de extrema derecha advierten sobre la importación de la desigualdad de género por parte de los musulmanes (Dingler, Lefkofridis y Marent, 2017). Asimismo, la perspectiva maternal sigue muy presente, tanto en los discursos de Chávez como en los de Morales, los cuales se refieren a las mujeres como símbolos de sacrificio, de afecto maternal y de unidad familiar.

En base a estos datos, cuando se enfatizan los temas de género en el populismo de izquierda latinoamericano, se estaría buscando la preservación de la imagen de las mujeres como madres, cuidadoras y amas de casa, sin promover realmente demandas feministas. Al menos los casos reseñados muestran un tratamiento del género en tanto que cuestiones “femeninas”, que no feministas. Mudde y Rovira Kaltwasser (2015) parecen confirmar esta constatación

al afirmar que, tanto la retórica de Chávez como la de Morales, tienden a politizar el papel tradicional de las mujeres, en lugar de condenarlo, distinguiéndose también por su sexismo y las referencias continuas a la masculinidad paternal. En este sentido, “prácticamente todos los populistas asumieron el rol de figura paterna para sus seguidores: el liderazgo nacional reflejaba metafóricamente las relaciones familiares. El presidente era el padre, la primera dama la madre y la ciudadanía los hijos” (Conniff, 1999: 199, citado en Mudde y Rovira Kaltwasser, 2015: 33).

A pesar de estos supuestos discursivos, cabe tener presente que, en la práctica, tal y como Abi-Hassan (2017) señala, en términos generales los populistas en América Latina se han mostrado comprometidos con los problemas de género. Así, aunque tienden a emplear un lenguaje masculino en el cual no hay mucho espacio para la inserción de demandas feministas, estos populistas latinoamericanos han favorecido la integración de las mujeres en la política, además de implementar políticas cuyo objetivo es garantizar la autonomía y la igualdad de las mujeres (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2015).

4.2.3. En términos comparativos

Tratando de poner en común esta disparidad regional presente en la investigación, Mudde y Rovira Kaltwasser (2015) afirman que el posicionamiento de los populistas con respecto al género es, en último término, una variable dependiente de otros dos factores: la cultura nacional y la ideología considerada un sentido más amplio. En efecto, el populismo, según el enfoque ideacional, se presenta en combinación con una “ideología huésped”, la cual, por supuesto, también tiene ideas propias que influyen los principios defendidos por los populistas, operando asimismo en un contexto cultural concreto en el que, como ocurre en general con gran parte de los actores políticos, el principal objetivo es siempre ganar el mayor número de votos posible (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2015). Los populistas adaptarían su perspectiva sobre el género en base a estos dos elementos, tratando por tanto de obtener

la mayor base de apoyo posible sin renunciar a los componentes clave de la ideología huésped.

Mudde y Rovira Kaltwasser (2015), comparan actores populistas del Norte de Europa con los de América del Sur y concluyen con la constatación de que, tanto en la teoría como en la práctica, los populistas de ambas zonas geográficas no mantienen una posición fuerte con respecto a las cuestiones de género. Señalan que estas se mencionan de manera explícita relativamente poco en los programas y la propaganda populista, independientemente de la ideología acompañante y de la región geográfica. Además, tampoco encuentran ninguna evidencia de una interpretación genérica del “pueblo” y de “la élite”, aunque ciertamente en la teoría pueda darse. Siguiendo con lo expuesto, la utilización política del género no operaría intrínsecamente como un elemento definitorio del populismo, sino más bien un factor dependiente de otros.

Sin embargo, resulta relevante señalar que el estudio de ambos autores se realizó hace casi una década, lo cual constituye un dato importante en la medida en la que ha sido precisamente a lo largo de los últimos diez años cuando el populismo ha resurgido con mayor fuerza. La realización de un estudio similar en la actualidad podría arrojar resultados divergentes y novedosos, incluso analizando las mismas variables. En vistas a la ampliación del enfoque hacia aspectos más específicos y actuales del fenómeno, cabe avanzar desde esta perspectiva de índole contextual hacia un estudio centrado en las representaciones de género que operan en el tipo particular de liderazgo populista.

5. MASCULINIDAD POLÍTICA Y POPULISMO: UN ANÁLISIS DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS ESTUDIOS SOBRE MASCULINIDAD HEGEMÓNICA

La influencia de la noción de “masculinidad” pasó inadvertida a la investigación crítica hasta principios de la década de 1990, momento en el que un

creciente cuerpo de literatura en estudios de masculinidad ha desacreditado el mito de la neutralidad de género en la política. Así pues, en este apartado se abordará la noción de masculinidad hegemónica desde la lente de los estudios sobre masculinidad, un enfoque que busca comprender cómo las normas sociales y culturales moldean las identidades masculinas y, a su vez, influyen en la configuración de las estructuras de poder y las relaciones de género. Precisamente, Löffler, Luyte y Starck (2020), señalan que la masculinidad opera como una norma, que, si bien oculta, estructura la actividad política, incidiendo con especial trascendencia en el fenómeno populista. Así, a través de un análisis crítico, se explorarán las intersecciones entre la masculinidad hegemónica y el populismo, destacando cómo estas construcciones de género influyen en su dinámica.

5.1. El punto de partida: La masculinidad amenazada

Desde la perspectiva postestructuralista, Wendy Brown (2021) señala que el populismo, en su etapa más reciente, surge con el objetivo de preservar la posición social de los sujetos hegemónicos. Es por tanto una expresión del miedo y el rencor que provoca la constatación del sangrado democrático, el cual ha sido propiciado por el neoliberalismo, el declive del Estado de bienestar y el aumento de la desigualdad. Para Brown (2021), la ciudadanía se ha desencantado y ha perdido la fe en el sistema político, lo que crea un vacío que ha sido llenado por movimientos populistas que promueven una política antidemocrática basada en la exclusión y la intolerancia hacia los “otros”:

Esta política del resentimiento surge de los que han sido históricamente dominantes, en tanto sienten la decadencia de ese dominio —ya que la blanquitud, especialmente, pero también la *masculinidad* proveen una protección limitada contra los desplazamientos y las pérdidas (Brown, 2021: 233-234).

Se trataría de la expresión de una sensación de impotencia que surge cuando los ciudadanos se

enfrentan a los cambios que ocurren a su alrededor y a la tesitura en la que la estructura económica les ha posicionado. La pregunta por cuál es el resentimiento específico que propicia el populismo de derecha contemporáneo es ya un clásico doctrinal y, como señala Brown, el neoliberalismo tiene la característica de aglutinar bajo su espíritu y sus efectos desiguales “la rabia de los desplazados económicamente y la rabia del *masculinismo* blanco destronado” (Brown, 2021: 235), trayendo consigo una pluralidad de complejos resentimientos que se articulan de manera polimorfa.

Si bien la ponderación de las causas del surgimiento del populismo no entra en las pretensiones del presente trabajo, sí que resulta oportuna la relación que Brown establece entre populismo y masculinidad amenazada. Para entender de qué tipo de masculinidad se está hablando concretamente, una noción que puede ser de utilidad es la de “masculinidad hegemónica”. La hegemonía, un concepto de origen gramsciano, se refiere principalmente a las formas mediante las cuales la clase dominante establece y mantiene su dominación, sirviéndose de diversos aparatos ideológicos para ello. La hegemonía implica imponer una cierta cosmovisión al conjunto de la sociedad, la cual pasa a ser interiorizada y naturalizada por todos. Hegemonizar, en este contexto, supone definir los parámetros bajo los que se entienden los sucesos sociales y se formulan las identidades, presentándolos y haciéndolos pasar por lo *normal*. En lo relativo a la masculinidad, esta se ha definido como hegemónica cuando representa prácticas y cualidades que legitiman la posición privilegiada de los hombres y que justifica tanto la subordinación de las mujeres como la de todas aquellas otras formas de masculinidad no hegemónicas. Siendo la heterosexualidad y la homofobia dos de sus fundamentos, Connell (1995) la describe como la forma más socialmente valorada de masculinidad disponible para los hombres.

La pregunta que ineludiblemente se presenta a continuación es la existencia y significación de su contraparte, la “feminidad hegemónica”, la cual cobra especial trascendencia al analizar el papel de

las líderes populistas femeninas. Schippers (2007, citado en Ceva, 2020) sostiene que la feminidad hegemónica supone una actuación interseccional de feminidad y de heterosexualidad, donde las mujeres que desempeñan la feminidad hegemónica reproducen jerarquías de raza, sexualidad, género y clase y, al mismo tiempo, reproducen la dominación masculina sobre las mujeres.

Löffler, Luyte y Starck (2020) proponen su propia conceptualización de la “masculinidad política”, la cual tiene como objetivo guiar la investigación crítica de género. Así pues, la “masculinidad política”, “abarca cualquier tipo de masculinidad que esté construida *alrededor de, asignada a y/o reclamada por* actores políticos” (Starck y Sauer, 2014: 6). El punto en el que buscan incidir estas académicas es en la manera en la que las masculinidades políticas se tornan cruciales para la reproducción de las relaciones de poder, lo que las lleva a sostener que los fenómenos populistas ejemplifican de forma muy clara las instancias explícitas de producción y reproducción del poder masculinizado. Pueden darse diversas configuraciones de masculinidad política populista, sirviendo, según las autoras, como herramientas versátiles para cumplir diferentes propósitos.

5.2. La proyección de la masculinidad hegemónica en el populismo

El líder carismático es generalmente entendido como una de las características clave a la hora de describir y entender el populismo, y, precisamente, Meret (2015) señala que, aunque no se le asocie un género concreto a este líder, las descripciones de carisma usualmente revelan enmarcamientos que presentan atributos predominantemente masculinos. Así, en el campo de la política esta masculinidad hegemónica se traduciría, por ejemplo, en un tipo de liderazgo agresivo, uno representativo de atributos como la fuerza, la firmeza e incluso el autoritarismo. En esta misma línea, Mudde y Rovira Kaltwasser (2017) analizan la figura del líder populista, el cual suele ser retratado como un hom-

bre fuerte, masculino y potencialmente violento. El populismo tiende a hacer hincapié en la acción y el coraje para tomar decisiones difíciles en situaciones de urgencia, lo cual se ejemplifica mediante la virilidad del líder, el uso de un lenguaje simple, y, por supuesto, el carácter carismático (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017). De esta forma, al hablar concretamente de populismo, esta masculinidad hegemónica se conjugaría también con la presentación del líder como hombre común, específicamente a través de la puesta en escena de comportamientos lingüísticos propios del pueblo.

Según Di Silvestro y Venuti (2021), los líderes populistas encarnarían este modelo de masculinidad agresiva como respuesta a un sentimiento generalizado de inestabilidad social. Estos actores “desencadenan estratégicamente el miedo a través de sus discursos y luego ofrecen estabilidad y seguridad a las personas que, en circunstancias ya inciertas, reales o percibidas, se sienten amenazadas por la otredad” (Di Silvestro y Venuti, 2021: 59). Frente a cuestiones como la alteración de la identidad nacional tradicional a causa de la inmigración, la globalización y el avance de la “ideología de género”, el líder, presentado como respuesta a este desorden y cambio social, ofrece una respuesta contundente al proclamarse portador de la estabilidad. En la misma línea argumentativa, Immerzeel, Coffé y Van Der Lippe (2015) consideran que, precisamente, los hombres tienden a identificarse con este discurso masculinizado por la percepción de amenazas económicas derivadas de la globalización y de la erosión de los valores tradicionales, lo que les conduce a votar en mayor proporción que las mujeres a esta clase de líderes. A este respecto, una de las conclusiones más consistentes de la literatura que relaciona género y populismo es que, si bien existen algunas diferencias entre países, los hombres, en términos generales, son significativamente más propensos a votar por partidos de la extrema derecha populista que las mujeres (Coffé, 2019)³. De hecho, ya en un

análisis del electorado europeo del año 2010, Immerzeel, Coffé y Van Der Lippe (2015), concluyeron que la brecha de género en el voto a la extrema derecha europea era, de media, del 4,3%, dato obtenido tras analizar los comicios generales de doce países de Europa Occidental.

Por su lado, autoras como Caravantes y Lombardo (2022) han centrado su atención en los fenómenos populistas de izquierda. Desde un enfoque discursivo, cuyo objetivo principal es captar las significaciones presentes en la disputa conceptual, se analiza el caso del partido español Podemos, el cual manifestó su pretensión de construir un proyecto social inclusivo en lo relativo al género. Sin embargo, concluyen que existe todo un subtexto de significados que revela normas de género y clase desiguales, y que, de hecho, plantea problemas específicos para la política feminista. Esta masculinidad hegemónica se haría patente en una serie de imágenes y prácticas que, relacionadas con momentos significativos de la vida del partido, transmiten la prominencia del liderazgo masculino sobre los ideales feministas. Así, significados no intencionados vinculados con la primacía de la personalización masculina y el ambiente confrontativo entre sus líderes socavan la conexión líderes-pueblo y, si bien reflejan elementos centrales del populismo, contradicen las ideas y los lemas feministas relativos al poder compartido e igualitario.

Parece claro que el liderazgo populista se asocia mayoritariamente con líderes carismáticos y fuertes que dan voz a aquellos pretendidamente marginados y desposeídos por su sistema político. En sus roles de portavoces del pueblo, requieren cualidades extraordinarias para guiar al común del pueblo, y, como ya se ha mencionado, estas suelen asociarse con características masculinizadas. Es precisamente

jeres (6,3% del total de votos femeninos). En países como Francia e Italia, un análisis de sus últimas elecciones generales confirma esta idea, si bien con márgenes menores. Analizando en este caso el total de votos al partido, en la segunda vuelta francesa en abril del 2022, un 40% de mujeres votaron a *Rassemblement National* de Le Pen, frente a un 44% de hombres (IFOP). Por su lado, en septiembre del 2022, un 44,6% de italianos votaron a la coalición de Meloni frente a un 42,9% de mujeres (IPSOS).

3 Por ejemplo, según el CIS, en las últimas elecciones generales llevadas a cabo en España en junio del 2023, el partido de extrema derecha VOX recibió el doble de votos de hombres (12,6% del total de votos masculinos) que de mu-

esto lo que conduce a Mudde (2007) a caracterizar a los partidos populistas de extrema derecha en tanto que *Männerparteien*, esto es, partidos predominantemente liderados, representados, votados y dirigidos por y para hombres. Sin embargo, de alguna manera, esto parece ser antitético a la existencia de un liderazgo populista femenino cada vez mayor, el cual requiere la reconciliación en la esfera pública de los valores sociales tradicionales asignados al género femenino con el mantenimiento de los atributos populistas.

5. 3. Sobre la existencia de un populismo femenino

Dado el creciente número de líderes populistas femeninas de extrema derecha, como Siv Jensen, Keiko Fujimori, Marine Le Pen o Giorgia Meloni, y la casi universal brecha de género en el electorado de dichos partidos, Mudde y Rovira Kaltwasser (2015) afirman que la relación entre género y populismo probablemente se haya convertido en el tema más relevante de entre los muchos temas poco estudiados relacionados con el populismo.

Una de las principales demandas del feminismo ha sido el reclamo de una mayor representación femenina en la esfera política, y, en términos generales, en todas las estructuras de poder típicamente dominadas por hombres. Se podría argumentar, y de hecho se ha argumentado, que la mayor presencia de mujeres en posiciones de poder, especialmente cuando concurren a posiciones de máxima representación política como en el caso de una candidatura a la jefatura del Estado o del gobierno, es un avance hacia un mundo más equitativo, independientemente del discurso y del tipo de política que haya detrás. Sin embargo, en muchas ocasiones ocurre lo contrario. En lugar de coartar la masculinidad hegemónica que ha definido la gobernanza durante siglos, estas líderes populistas tienden a reafirmar los patrones genéricamente delimitados, a veces de manera inadvertida e implícita y, a veces, estratégica y explícitamente.

Meret (2015), en este contexto, subraya una paradoja de género en el seno del populismo: la existencia de partidos populistas masculinizados con líderes femeninas. Sin embargo, tal vez no sea tan paradójico en la medida en la que, precisamente, las líderes populistas despliegan un tipo particular de combinación entre masculinidad y feminidad hegemónicas a la hora de configurar su figura pública. A este respecto, Geva (2020), siguiendo con la perspectiva de los estudios de masculinidad hegemónica, incide en cómo el carisma no es una suerte de cualidad mágica que poseen algunas personas de forma inherente, sino que, más que un mero conjunto casual de rasgos de personalidad, el carisma supone la capacidad de evocar efectos emocionales y afectivos entre los seguidores. En este sentido, la autora afirma que:

Dado que la masculinidad y la feminidad hegemónicas estructuran profundamente el poder y el deseo, y dado que el carisma se basa en evocar afectos y deseo, el carisma [...] es una actuación que emplea la masculinidad y la feminidad hegemónicas para incitar vínculos emocionales en los seguidores (Geva, 2020: 31).

Por tanto, podría decirse que las líderes femeninas populistas son capaces de representar la masculinidad hegemónica propia de los liderazgos carismáticos populistas, pero también su contraparte, ya que, tal y como argumenta Geva (2020), si solo proyectasen una forma de masculinidad hegemónica serían castigadas tanto dentro de sus propios partidos políticos como electoralmente. Así, si bien los repertorios carismáticos para las mujeres incluyen la representación de la masculinidad hegemónica, mediante atributos como la disciplina o la capacidad de liderar con mano dura (Geva, 2020), según Mudde y Rovira Kaltwasser (2017), estas líderes políticas a menudo también resaltan el papel de buenas mujeres, esposas y madres. La figura de madre protectora es particularmente útil porque permite crear y exaltar una suerte de vinculación filial con todos los ciudadanos y con la mismísima Nación, resaltando esta idea la conexión existente entre el populismo y el nacionalismo (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017). Se elige así apoyar estraté-

gicamente una visión patriarcal heteronormativa del mundo y explotar los estereotipos de género en su propio beneficio (Abi-Hassan, 2017), proyectando a la vez un tipo de liderazgo fuerte relacionado con lo masculino pero también una imagen maternal prototípica de lo femenino, a la par que se mantiene la vinculación entre la masculinidad y la feminidad como complementarias y jerárquicas.

5.3.1. Masculinidad y feminidad: Fernández de Kirchner, Meloni y Le Pen

Cabe tomar algunos ejemplos para ilustrar estas ideas. Comenzando con un ejemplo latinoamericano, de los cuales hay considerablemente pocos estudios, Cristina Fernández de Kirchner, expresidenta de la Nación Argentina (2007-2015) y exvicepresidenta argentina (2019-2023), muestra un tipo de liderazgo populista progresista, de raíz peronista, que, sin embargo, mantiene esa dualidad entre performatividad masculinizada y feminizada. Un estudio de la imagen pública proyectada por la política argentina a través de sus publicaciones en redes sociales entre el 2019 y el 2022, revela el equilibrio entre una autoridad masculinizada, esto es, su prestación como una mujer fuerte, dominante y segura, y una feminidad no amenazante, la cual aparece gracias a sus atuendos estilizados y sus expresiones positivas y maternas para con el pueblo argentino. La dureza política queda así atenuada por la proyección de una feminidad tradicional, creando la imagen de una mujer que es, a la vez, una política digna de confianza y una madre elegante y glamurosa (Rubira Peñaherrera, 2022).

Si el género, proyectado tanto en un sentido femenino como en un sentido masculino, es, sin ninguna duda, un rasgo definitorio del liderazgo de Fernández de Kirchner, otro claro ejemplo de esta idea lo encontramos con Meloni, actual jefe del gobierno italiano. Durante su campaña, Meloni encarnó abiertamente ciertos rasgos feminizados para suavizar el extremismo de su partido *Fratelli d'Italia* y las connotaciones negativas asociadas con sus raíces neofascistas (Almony, 2022). Como reflejo de

su feminidad, Meloni se definió a sí misma en repetidas ocasiones en tanto que mujer, madre, italiana y cristiana, siendo una parte fundamental de su imagen pública su marcado sentido de la moda y su distintivo pelo rubio siempre suelto (Almony, 2022). Su figura femenina es empleada con fines estratégicos, concretamente “para aumentar su cuota de votos y mejorar su legitimidad ante el público nacional e internacional” (Cohen y Karim, 2022: 431, citado en Almony, 2022: 42). Sin embargo, esta feminidad también se alinea con patrones propiamente masculinizados, especialmente a partir de la toma de posesión del cargo en el 2022 (Almony, 2022), con el objetivo de mostrarse como una líder confiable. Por ejemplo, Meloni declaró que debía ser referida únicamente en la forma masculina de su título, “*il Presidente*”, en lugar de la femenina, “*la Presidente*”.

Un estudio llevado a cabo por Geva (2020) sobre la candidata a la presidencia del Estado francés Marine Le Pen revela patrones similares. La autora describe la imagen pública de la líder del partido de ultraderecha *Rassemblement National* como una hidra de dos cabezas, una representación muy reveladora que busca incidir en la dualidad de su figura. La investigación se centra específicamente en la percepción que los seguidores de Le Pen tienen sobre su figura, específicamente a partir de una serie de entrevistas y observaciones participantes que la autora llevó a cabo entre el 2013 y el 2017 en el antiguo *Front National*, actual *Rassemblement National*. Los resultados mostraron que sus seguidores consideraban ciertos atributos masculinizados como una parte esencial del carisma de Le Pen, especialmente en lo relativo a su fortaleza y a su presentación en tanto que mujer excepcional, capaz de llevar a cabo grandes hazañas. Sin embargo, sus partidarios también hicieron hincapié, al mismo tiempo, en la apreciación de Le Pen como portadora del don de la belleza natural, así como en su feminidad cuidadosa y caritativa, esto es, en su pretendida capacidad femenina para el cuidado y el amor. Así, para Geva (2019), la belleza y la caridad también eran partes constituyentes de su presunto carisma.

Cabe por tanto señalar que, como resultado de las normas de género jerarquizadas, la legitimidad política parece requerir atributos masculinos. La investigación revela que “ya sean nuestros líderes políticos hombres o mujeres (y a veces incluso más cuando son mujeres), esperamos que muestren rasgos asociados con la masculinidad: fuerza, agresión, autonomía, estoicismo, valentía y protección” (Sjoberg, 2015: 444, citado en Almony, 2022: 43). De esta forma, aunque haya habido un aumento en el número de mujeres representantes de partidos políticos populistas, al mismo tiempo se habría producido una *remasculinización* de la política y del discurso. Se refuerzan las cualidades y los atributos de género tradicionales, combinando la masculinidad hegemónica asociada al pensamiento racional y objetivo con una feminidad ligada a la empatía social. En último término, se busca una compenetración recíproca de los roles genéricamente construidos, creando una imagen dual con la que la gente, el “pueblo”, puede identificarse.

6. CONCLUSIONES

Para concluir, siguiendo con el enfoque ideacional del populismo, parece claro que los populistas no operan en un vacío ideológico. En tanto que, “ideología delgada”, el populismo está enmarcado en un contexto sociopolítico específico, pero también alineado con una “ideología huésped”, de la cual se nutre. Así, una primera conclusión emerge del propio manejo conceptual llevado a cabo. El tratamiento de los problemas de género dentro de la política populista se relaciona con las características contextuales de cada caso, especialmente en lo tocante a la cultura y a la ideología predominante. El enfoque ideacional de Mudde se presenta como el más adecuado para analizar la interacción entre populismo y género debido a su capacidad empírica para contextualizar, mensurar y comparar los distintos y particulares casos de populismo, permitiendo una comprensión profunda de la articulación de las identidades de género en cada uno. El género, entendido en tanto que construcción social y cultural edificada sobre el sexo biológico, es instrumentali-

zado por los líderes populistas como extensión de su lucha política, esto es, en la medida en la que sirve a las luchas socioeconómicas, políticas e ideológicas de cada caso. Habiendo mostrado ejemplos tanto de la extrema derecha populista europea como del populismo de izquierda latinoamericano, estas luchas pueden presentarse muy variadamente, ya sea, por ejemplo, la lucha contra la presunta islamización de Europa o el levantamiento revolucionario del pueblo en el seno de un discurso socialista.

Un segundo hallazgo, en relación con las teorías de la masculinidad y de la feminidad hegemónicas, muestra que el carisma propio de los liderazgos populistas expresa los contenidos de calidad de la masculinidad hegemónica, ya sea en partidos de extrema derecha europeos como en partidos de izquierda latinoamericanos. De hecho, el análisis de Caravantes y Lombardo (2022), apelando en este caso al liderazgo masculino del populismo de izquierda europeo, concretamente al caso español Podemos, parece indicar que, a pesar de poseer un contenido ideológico más progresista, los patrones de jerarquización genéricamente construidos podrían estar operando de manera equivalente a partidos de extrema derecha.

Asimismo, las líderes populistas son vistas como encarnaciones de las tradicionales virtudes femeninas de la belleza física y la caridad, las cuales, sin embargo, se acompañan con atributos propios de la masculinidad hegemónica, tales como la autoridad, la fuerza o la mano dura. Ejemplos como Cristina Fernández de Kirchner, Marine Le Pen o Giorgia Meloni apelan a un tipo de poder masculinizado, el cual se combina con la representación de la feminidad hegemónica. Siguiendo con la expresión de Geva (2020), las líderes populistas, en lo tocante a la masculinidad y la feminidad, parecen evocar la imagen de una hidra de dos cabezas. Su capacidad para personificar estas cualidades duales refuerza su carisma y su influencia, así como la de su partido político, si bien, de manera simultánea, la dicotomía entre virilidad y maternidad refuerza el carácter presuntamente natural de la masculinidad y la feminidad hegemónicas, la heterosexualidad y las

jerarquías establecidas en base al sistema sexo-género. La posibilidad de un populismo en femenino parece extinguirse al constatar que, de momento, los patrones de liderazgo siguen siendo claramente masculinos y patriarcales, a pesar de reproducirse en una mujer.

Esto conduce a la tercera conclusión, tal vez la más relevante de todas. El campo de estudio del género y su relación con el populismo es aún incipiente y, de hecho, no solo está subdesarrollado, sino que también es desigual. La investigación se presenta segregada regionalmente y, además, los partidos populistas de izquierda han sido mucho menos investigados que los de derecha, y, especialmente, que los de extrema derecha. Además, también existe una gran carencia en lo relativo a la comparación de partidos populistas con partidos no populistas. Esto crea un mapa de estudios difuso, los cuales rara vez son puestos en común. Con este propósito, sería de sumo interés para investigaciones futuras aplicar un enfoque comparativo, tanto en lo relativo a la ideología como a la zona geográfica y al tipo de partidos estudiado. Asimismo, una investigación de tipo teórica sobre la relación entre populismo y género podría aportar, desde el marco de la teoría política, reflexiones significativas sobre la existencia de posibles conexiones lógicas entre la representación populista y sus elementos masculinizados, los cuales podrían no darse, o hacerlo de manera diferenciada, en otros tipos de liderazgo.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Abi-Hassan, S. (2017). Populism and gender. En Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Espejo, P. O. y Ostiguy, P. (Eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 426–444). Oxford University Press.
- Akkerman, T. (2015). Gender and the Radical Right in Western Europe: A Comparative Analysis of Policy Agendas. *Patterns of Prejudice*, 49(1–2), 37–60.
- Almony, L. (2022). Hegemonic Masculinity and the Contemporary Rise of Female Right- Wing Populist Leaders: The Case of Giorgia Meloni. *Journal of Political Inquiry*, Universidad de Nueva York.
- Beauvoir, S. (2015). *El segundo sexo*. Ediciones Cátedra, Grupo Anaya.
- Benhabib, S. (1990). El otro generalizado y el otro concreto: controversia Kohlberg- Gilligan y la teoría feminista. En Benhabib, S. y Cornell, D. (Eds.), *Teoría feminista y teoría crítica*, Alfons el Magnànim.
- Brown, W. (2021). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Traficantes de Sueños y Futuro.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Canovan, M. (1981). *Populism*. Junction.
- Cantisani, A. y Nosetto, L. (2020). Teoría crítica. En Nosetto, N. y Wiczorek, T. (Eds.), *Métodos de teoría política: un manual*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Caravantes, P. y Lombardo, E. (2022). The symbolic representation of the ‘People’ and the ‘Homeland’ in Spanish left populism: an opportunity for feminist politics?. *Journal of Contemporary European Studies*.
- Cirillo, L. (2005). Virtualidades pedagógicas del feminismo para la izquierda. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 25, 35–59.
- Cobo Bedia, R. (2005). El género en las ciencias sociales. *Cuadernos de Trabajo Social*, 18, 249–258.

- Coffé, H. (2019). Gender, gendered personality traits and radical right populist voting. *Politics*, 39(2), 170-185.
- Cohen, D., y Karim, S. (2022). Does More Equality for Women Mean Less War? Rethinking Sex and Gender Inequality and Political Violence. *International Organization*, 76(2), 414-444.
- Connell, R.W. (1995). *Masculinities*. Polity Press.
- Conniff, M. L. (1999) Epilogue: new research directions. En Conniff, M. L. (Ed.), *Populism in Latin America*, Alabama University Press, 191-204.
- Di Silvestro, E. y Venuti, M. (2021). Populist leaders and masculinity: a multimodal Critical Discourse Analysis of hegemonic masculinity performances on social media. *Across Cultures*, 18, 57-79.
- Dietze, G. y Roth, J. (2020). *Right-Wing Populism and Gender: European Perspectives and Beyond*, Bielefeld: Transcript.
- Dingler, S., Lefkofridi, Z., y Marent, V. (2017). The Gender Dimension of Populism. En Heinisch, R. C., Holtz-Bacha, C. y Mazzoleni, O. (Eds.), *Political Populism: A Handbook* (pp. 345-360). Nomos.
- Duque Acosta, C. A. (2010). Judith Butler y la teoría de la performatividad de género. *Revista de educación y pensamiento*, 17, 85-95.
- Freedon, M. (2003). *Ideology*. Oxford University Press.
- Gallie, W. B. (1956). Essentially contested concepts. *Proceeding of the Aristotelian Society*, 56, 167-198.
- Geva, D. (2020). A double-headed hydra: Marine Le Pen's charisma, between political masculinity and political femininity. *Norma : International Journal for masculinity studies*, 15(1), 26-42.
- Grammático, K. (2010). Populist Continuities in "Revolutionary" Peronism? A Comparative Analysis of the Gender Discourses of the First Peronism (1946-1955) and the Montoneros. En Kampwirth, K. (Ed.), *Gender and Populism in Latin America: Passionate Politics*, Penn State University Press, 122-141.
- Immerzeel, T., Coffé, H., y Van Der Lippe, T. (2015). Explaining the Gender Gap in Radical Right Voting: A Cross-National Investigation in 12 Western European Countries. *Comparative European Politics*, 13, 263-286.
- Kuby, G. (2016). *The global revolution: Destruction of freedom in the name of freedom*, Kettering, Angelico.
- Laclau, E. (2002). *Misticismo, retórica y política*. Fondo de cultura economica. Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de cultura económica de Argentina.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia*. Letra e.
- Löffler, M., Luyte, R., y Starck, K. (2020). Political masculinities and populism. *NORMA : International Journal for masculinity studies*, 15(1), 1-9. Doi:10.1080/18902138.2020.1721154
- Mayer, S., Ajanovic, E. y Sauer, B. (2014). Intersections and Inconsistencies. Framing Gender in Right-Wing Populist Discourses in Austria. *Journal of Feminist and Gender Research*, 22(4), 250-266.
- Meret, S. (2015). Charismatic female leadership and gender: Pia Kjaersgaard and the Danish People's Party. *Patterns of Prejudice*, 49(1-2), 81-102.

- Mudde, C. (2007). *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge University Press.
- Mudde, C. (2017). Populism: An Ideational Approach. En Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Espejo, P. O. y Ostiguy, P. (Eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 27- 47). Oxford University Press.
- Mudde, C. y Rovira Kaltwasser, C. (2015). Vox populi or vox masculini? Populism and gender in Northern Europe and South America, *Patterns of Prejudice*, 49 (1-2), 16-36.
- Mudde, C. y Rovira Kaltwasser, C. (2019). *Populismo: una breve introducción*. Alianza editorial.
- Ostiguy, P. (2009). The high-low political divide: rethinking populism and antipopulism, *Committee on Concepts and Methods Working Papers Series Political Concepts*, 35. Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo*. Galaxia Gutenberg.
- Rubin, G. (1975). The traffic in Women: Notes on the “Political Economy” of Sex. En Reiter, R. R. (Ed.), *Toward an Anthropology of Women*, Monthly Review Press.
- Rubira Peñaherrera, M. E. (2022). Trazando el liderazgo populista femenino en Latinoamérica: Caso Cristina Fernández. Universidad Casa Grande.
- Schippers, M. (2007). Recovering the feminine other: Masculinity, femininity, and gender hegemony. *Theory and Society*, 36(1), 85–102.
- Sjoberg, L. (2015). Seeing Sex, Gender, and Sexuality in International Security. *International Journal*, 70(3), 434-453.
- Starck, K. y Sauer, B. (2014). Political masculinities: Introduction. En Starck, K. y Sauer, B. (Eds.), *A man's world? Political masculinities in literature and culture* (pp. 3–10). Newcastle upon Tyne: CambridgeScholar Publishing.
- Stavrakakis, Y. (2017). Populism and hegemony. En Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Espejo, P. O. y Ostiguy, P. (Eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 535-554). Oxford University Press.
- Weyland, K. (2001). Clarifying a contested concept: populism in the study of Latin American politics. *Comparative Politics*, 34(1), 1–22.

